

Crónica Literaria

Por ALONE

"Casas Muertas", novela por Miguel Otero Silva (Universitaria, 1968).

Bien podríamos haberlo sabido antes. Pero mentre que, a fuerza de conocidas, muchos nombres se identifican con lo que no constituye su naturaleza, se necesita que alguien venga a revelárnosla.

En este caso también sucede que este "alguien" llega a nuestras lecturas con retraso: hace mucho tiempo sus rasgos pueden repetir la queja: "... el fui la tonta les hebreas...". Ni siquiera los libros que se deben leer, como, por ejemplo, éste de Otero Silva, "Casas Muertas", nos llegó presentado desde Venezuela por la mano del P. Pedro Pablo Barreto S.J. que, a sus muchos títulos, Capellán del Palacio de Miraflores, Confesor de S. E. el Presidente de la República, Director de la Academia Venezolana de Letras, añade el de ser un crítico, todo un crítico, no de simple afición, sino un maestro. El saber y la sensibilidad lo informan, el gusto lo dirige y posee todavía el don escaso de la amplitud imparcial y el criterio erudito.

Sus estudios nos han proporcionalado pues un doble descubrimiento: la buena crítica es así.

Una de sus selecciones ("Estudios Críticos Literarios", Monte Avila, Caracas, 1970) enfoca las figuras señeras de Baralt, Gallegos, Díaz Sánchez y otros, que finalizan con Miguel Otero y su admirable, su sorprendente "Casas Muertas", cuya comenciamos nos incita a conocerla.

¿Por qué no aparece esta novela, breve y maravillosa, en esa línea por donde pasan y vuelven a pasar, ocupando el horizonte, tantas mentes valiosas, entre parejas distantes?

A eso permítan explicárselo estas observaciones del P. Barreto: "Libro de tan suprema lectura — dice de "Casas Muertas" — que sólo ofrece el regalo de la casi enjuta brevedad de sus escasas 150 páginas de texto. Gran virtud literaria la del escritor — agrega — que logra que al final de su libro el lector lamenta que ya se ha terminado".

Es verdad. No le seduce a Otero Silva la tentación de amplificar. Es de los que miran al lector hábil a quien un surto le basta. Nada de abrumario voluminosamente ni confundirlo con el torbellino de las apariencias. Procede como Rulfo, mediante clara magia. Toma con pulso cierto, cuerdas esenciales y deja el espacio intermedio a sus resonancias indefinidamente prolongadas.

N. exclamaciones ni estocaciones superfluas.

"En mañana enterraron a Sebastián. El padre Porfirio, que tanto afecto le profesó, se había puesto la semana antes enfermo, le de visitar al Obispo, y el manto y el bosque de las grandes ocasiones. Un silencio no era acostumbrado inu-

sitado en Orta. Por el contrario, ya el tanto arrastrarse de las alpagatas había extinguido definitivamente la hierba del camino que conducía al cementerio y los perros seguían con rutinaria mansedumbre a quienes cargaban la urna o les precedían señalando la ruta mil veces transitada. Pero había muerto Sebastián...".

Los detalles, los humildes y cotidianos detalles, se encargan de todo. No va nos a presentar un espectáculo alegre; asistiremos a, más melancólico de todos, la muerte de "Orta", el pueblo condenado. En la hermosa selva tropical, el destino de "Orta" va apapándose poco a poco, paso a paso. Brodan impensadamente de la tierra los árboles mustrados decaen los hombres. Sus hombres y sus casas, las siembras y el ganado. Caidas las vigas del techo abandonando las ruinas irrumpen a la calle por entre los barrotes de las ventanas; los dueños desalojados recobran su morada natural.

Ho ahí el ambiente de la novela, de principio a fin.

O sea, lo más triste, lo más deprimente, lo más desagradable y penoso que pueda ofrecerse como perspectiva a quien, justamente, al leer una novela busca lo contrario.

¿Cómo se produce el milagro de la transmutación?

Porque, "Casas Muertas", una vez comenzada, no se puede soltar, aunque, durante su misma lectura, el propio lector se admira de su placer.

Aquí se palpa el misterio de la forma, la acción indefinible del tono, el hecho de que la misma palabra, la misma frase signifiquen, aquí una cosa, más allá la opuesta y al mismo tiempo recorra el mismo camino, como si el verbo compendiera el arco iris.

Un primer elemento en la prosa de Otero Silva, el corte de los períodos, su ritmo, de una sencillez extenuada, forman como un acompañamiento apacible, moderador de la angustia que marcha por dentro, es la continua advertencia de que, al fin, nada importa, todo se hace y deshace para confundirse en la serenidad.

A esa música apenas perceptible, sintonice, y el P. Barreto lo señala bien, la calidad de las imágenes, nunca sobresalientes, pero que van levantándose y sonríen a lo largo del trayecto al transcurso.

Nos bastará citar al crítico.

"Cuando amanecía — pag. 179 — la luz comenzaba a enredarse en la arborescencia del topoteo"; y en cambio "un oscuro silencio se extendía desde el amanecer sobre los saraos y robles de la plaza". Con la llegada de las lluvias, el bosque hervía se "salpicaba de pequeñas nubes"; y "el bucaré florecido moraba de grana el anchuroso verdor del café-

tal"... Y la hermana de uno de los estudiantes presos en Palenque "era una esposa luminosa, una alta y hermosa muchacha con algo de lucero... Al mirar se llenaba de luz el patio...". La naturaleza del tópico se hace presente con discreción; su novedad es ligera, no invoca el primer plano y hasta los verbos contribuyen al valor pictórico.

Pero donde esa cautivadora claridad culmina es en los retratos de los personajes, en este viejo "recto como el tronco del tamarindo"; en el mozo enamorado que, para ver salir a Carmen Rosa "se plantaba en la esquina estirado y soportando el sol, como un cardo"; sobre todo en la maestra del pueblo, la senecita Berenice, madre y consuegra de quienes la necesitaban "Era una mujer pálida de una palidez impresionante, siempre alroca a jibón y agua de río, siempre vestida banada y vestida de blanco. Cuando el pelo rubio comenzó a encanecer y, más aún, cuando encaneció totalmente, Berenice fue adquiriendo visos de luto, de nubo, de velero".

A punto de olvidar que escribe en prosa, Miguel Otero se detiene; el realismo del novelador continúa el relato que iba elevándose. ("Quien no sabe limitarse nunca algo escribir"). Acaso ese mismo gusto fino haya limitado la resonancia de la obra. El P. Barreto observa su poco volumen y teme que eso haya impedido influir entre las "grandes novelas".

Falta culpa. De otra lo absuelve también su gracia moderada, su sutileza: la traza, la muerte paulatina de "Orta", el pueblo maldonado, víctima de la fiebre, la malaria, el abandono y la miseria, trae su origen de la dictadura hiebra, de su inaudita corrupción, del tirano que engendró los trancales y mantuvo sofoada a Venezuela hasta hace poco. Miguel Otero aborda esa peste dentro de la misma emboscada, en el fondo, terrible, en la forma, objetiva y como estática, como los flagelos naturales, como las tormentas y las inundaciones. O la sequía abasadora. No la "aprovecha", no se desvía de su senda, no las impone: las expone y propone a la vista, dejando a los lectores la libertad de distinguir. Después vendrán los intentos a formular las teorías que les convienen, aunque sus fundamentos discrepen de polo a polo y las circunstancias históricas se opongan.

El es, ante todo, artista; no le ha recibido el empuje de distracción, una misión de embellecer. Le sentirán algunos; probablemente su obra habrá resonado más con más contenido ético de batalla; no habrá, ganado la consciencia, la intangible dignidad que, en otro ámbito, le asegura una categoría perdurable.

AUTORÍA

Alone, 1891-1984

FECHA DE PUBLICACIÓN

1974

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Casas muertas [artículo] Alone.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa